

**REGION, CLASE Y DISCURSO:  
ANALISIS CRITICO DE VARIAS OBRAS RECIENTES  
SOBRE EL PROCESO SOCIAL Y POLITICO  
ECUATORIANO ENTRE 1930 Y 1950**

---

Carlos de la Torre Espinosa\*

---

Nuestro conocimiento sobre el período que va desde la década de los treinta a los setenta y que abarca los diferentes velasquismos es desigual. Si bien existen excelentes trabajos sobre el boom bananero y los cambios que éste provocó en la estructura social del Ecuador, así como sobre la conquista del voto en Guayaquil a partir de los años cincuenta, las décadas de los treinta y los cuarenta han permanecido relativamente ignoradas. Este descuido sobre una época de grandes cambios socioeconómicos y políticos, por suerte está superándose: recientemente se han publicado una serie de libros y artículos que nos permiten comprender mejor este importante período.<sup>1</sup> Una nueva bibliografía, que será críticamente analizada en este artículo, enriquece, cuestiona y da bases más sólidas para evaluar las interpretaciones dominantes en las ciencias sociales sobre las décadas de los treinta y cuarenta, aquellas de Agustín Cueva y Rafael Quintero.<sup>2</sup>

Esta reseña está dividida en cuatro secciones. Primero se evalúan los aportes de quienes usan la categoría región para el análisis de los procesos socioeco-

---

\* Profesor de Drew University.

1. Cristina Cárdenas, *Velasco Ibarra: Ideología, poder y democracia*. Quito, Corporación Editora Nacional-Fundación Friedrich Naumann, 1991.

Abelardo Moncayo Andrade, Raúl Andrade: *Crónica de un Cronista*. Quito, Casa de la Cultura Ecuatoriana, 1991.

Rafael Quintero, *La Cuestión Regional y el Poder*, Quito, Corporación Editora Nacional-FLACSO-CERLAC, 1991.

Rosemary Thorp, *Las Crisis en el Ecuador. Los treinta y ochenta*, Quito, Corporación Editora Nacional-Centro de Estudios Latinoamericanos de la Universidad de Oxford-Instituto de Estudios Avanzados, 1991.

Patricio Ycaza, *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano*, Segunda Parte, Quito, CEDIME-CIUDAD, 1991.

2. Rafael Quintero, *El Mito del Populismo en el Ecuador*, Quito, FLACSO, 1980.

Agustín Cueva, *El Proceso de Dominación Política en el Ecuador*, Quito, Editorial Planeta, 1988.

nómicos. La segunda sección discute diferentes aproximaciones a la historia de la clase obrera y a movilizaciones multclasistas. La tercera sección analiza trabajos sobre el discurso. Por último, se retoma el viejo debate de si el velasquismo fue o no fue una forma de populismo. Debido a que el tema de la reseña son los estudios sobre el período histórico que va de 1930 a 1950, este trabajo no discute los artículos de las obras editadas por Quintero y Thorp sobre otros períodos históricos. Es así que los artículos de Bertha García, Nick Mills y Amparo Menéndez-Carrión del libro *La Cuestión Regional y el Poder*, y los trabajos sobre la crisis de los ochenta del libro *Las Crisis en el Ecuador*, no son analizados.

## REGIÓN

A diferencia de la visión convencional sobre las décadas de los treinta y cuarenta como una época de crisis económica y social situada entre los booms cacaoteros y bananeros, la literatura producida en los últimos años demuestra que desagregando las experiencias históricas a niveles regionales, se alcanza una mejor comprensión del período. Juan Maiguashca y Liisa North en su trabajo publicado en *La Cuestión Regional y el Poder*, así como el trabajo de Maiguashca en *Las Crisis en el Ecuador*, separan los efectos económicos y sociales de la crisis del surgimiento de productos y nuevas relaciones de producción en tres regiones del país: la costa, la sierra sur y la sierra centro-norte.

A través del análisis de fuentes secundarias, algunas de difícil acceso en el país tales como tesis doctorales de universidades extranjeras, se demuestra que, en la costa, la crisis de las plantaciones cacaoteras de la provincia del Guayas, que es la única provincia analizada, estuvo acompañada del surgimiento de otros productos de exportación y consumo interno. Es así que las producciones de arroz, azúcar y en parte cacao caracterizaron la estructura económica de esta región que, a pesar de experimentar el relajamiento del control de los hacendados sobre los campesinos cacaoteros y del surgimiento de nuevas relaciones de producción -la aparcería para el cultivo del arroz y el trabajo asalariado ocasional o permanente en las plantaciones azucareras-, no vio el fin de las relaciones entre hacendados cacaoteros y sus sembradores y cultivadores. En la sierra sur se dio el surgimiento de la producción de sombreros de paja toquilla, antes centrada en Manabí, que provocó el apareamiento de una clase media que retó al dominio absoluto de los terratenientes. En la sierra centro-norte, a pesar de los limitados procesos de modernización en las haciendas lecheras de los cantones Cayambe y Mejía de la provincia de Pichincha, la hacienda tradicional siguió dominando. Además, esta región, como lo demostró previamente Deler experimentó un limitado proceso de industrialización

centrado en las industrias textiles y harineras.<sup>3</sup> Por último, los autores demuestran los procesos de urbanización sin proletarización masiva ocurridos tanto en Quito como en Guayaquil.

A pesar de que, debido a la falta de estudios de caso, los autores no pueden ligar los cambios en la estructura social con diversas modalidades de protesta y resistencia, se ofrece un esbozo de conflictos rurales y urbanos, así como una discusión del proceso organizativo de las clases subalternas que aceleran la constitución de gremios, sindicatos, asociaciones de empleados de clase media y estudiantiles, entre otros. Es así cómo los treinta y cuarenta aparecen como una época en la que simultáneamente surgen nuevas relaciones de producción y se afianzan relaciones tradicionales; en la que el proceso organizativo de los sectores subalternos se acelera y en la que diversas formas de acción colectiva retan a las clases dominantes.

Desafortunadamente, el análisis de Maiguashca y North es incompleto. No solamente por la falta de estudios de caso que no les permiten ligar estructura social con formas de organización y tipos de resistencia y conflicto, sino también porque, al igual que otros autores, reducen el estudio de la región costa a la provincia del Guayas y de la sierra sur al área alrededor de Cuenca. Además, omiten en su estudio a una cuarta región: la Amazonía. Irónicamente, al seguir considerando a la Amazonía como un mito, los autores pierden la oportunidad de ligar estructura social con formas de resistencia y protesta. Precisamente, uno de los únicos trabajos históricos sobre esta región, el de Blanca Muratorio sobre el Napo,<sup>4</sup> a través del uso de la historia social y oral, elabora la historia del área tanto en sus aspectos estructurales, como de resistencia y contestación de los Napo-Runas.

## CLASE

La publicación del Segundo Tomo de la *Historia del Movimiento Obrero* de Patricio Ycaza, ciertamente trata de llenar un vacío.<sup>5</sup> El autor, a través del análisis de una serie de publicaciones de las diferentes asociaciones y sindicatos obreros, así como de hojas volantes, periódicos y de propuestas de partidos políticos, en particular de izquierda, analiza la historia del movimiento obrero desde mediados de los treinta, en que las izquierdas adoptan la táctica de los frentes populares, hasta el levantamiento indígena de 1990.

3. Jean Paul Deler, *Ecuador: del Espacio al Estado Nacional*, Quito, Banco Central del Ecuador, 1987.

4. Blanca Muratorio, *Rucusyaya Alonso y la Historia Social y Económica del Alto Napo*, Quito, Abya-Yala, 1987.

5. Patricio Ycaza, *Historia del Movimiento Obrero Ecuatoriano*, Tomo I, Quito, CEDIME, 1984.

Ycaza parte del postulado marxista de la centralidad revolucionaria del proletariado, para desarrollar una metodología para el estudio de la historia de la clase obrera. Esta metodología se basa en dos premisas: 1) analizar las propuestas de los partidos de izquierda y los archivos escritos de las organizaciones obreras; 2) el criterio para evaluarlas es si responden o no a los "intereses" proletarios de transformar la sociedad capitalista por una socialista. El impresionante trabajo de investigación del autor, tiene además una intención práctica. El análisis histórico intenta cumplir la doble función de dar voz a quienes no la tienen y de evaluar los errores y éxitos del pasado, para superar la crisis actual del sindicalismo y de la izquierda ecuatoriana.

Pero, al finalizar la lectura del texto de Ycaza, nos preguntamos ¿es ésta la historia del movimiento obrero? ¿Es válido analizar la historia de la formación de la clase obrera a través de las tácticas y estrategias de los partidos de izquierda? ¿Cuál fue la racionalidad de los obreros y trabajadores al -según Icaza- equivocarse tantas veces, al no actuar en beneficio de sus intereses y dejarse engañar, ya sea por sus adversarios de clase o por la mala estrategia y táctica de sus aliados-voceros-representantes de izquierda?

La historia de la clase obrera, de los obreros de carne y hueso, deviene según Ycaza en la historia de sus representantes, de sus líderes y de las agrupaciones políticas cuya razón de ser es la liberación del proletariado. Por lo tanto, el interés original de dar voz a los que no la tienen; de rescatar la historia de un sector de los oprimidos, no se cumple o solo se la cumple parcialmente. Los obreros todavía no tienen su propia voz, solo la alcanzan -y a medias- cuando sus acciones están de acuerdo con sus intereses que, por supuesto, los conoce el autor, quien basa su autoridad en el método científico marxista de la historia. Así, por ejemplo, la historia de la Confederación Ecuatoriana de Obreros Católicos (CEDOC), en sus primeros años, es la historia de errores de artesanos que debido al influjo de la iglesia no conocían sus intereses. Las acciones obreras en episodios violentos, como en la Gloriosa en mayo de 1944, no fueron por sus intereses, en este caso por las malas tácticas de sus líderes que, influenciados por las teorías de los frentes populares, cayeron en "las trampas de la institucionalidad democrática-burguesa".

Los ejemplos de errores históricos son muchos, ¿por qué se equivocaron tanto los obreros? Una posible respuesta es que la ideología dominante distorsiona permanentemente la verdadera lucha por sus intereses. Otra, que puede complementar la primera, vendría del carácter atrasado y amorfo de la clase obrera ecuatoriana, la cual, debido a las distorsiones del desarrollo capitalista dependiente, no se puede constituir como tal.

Estas dos posibles respuestas son problemáticas. La idea de una sociedad capitalista cerrada y total, de la anti-utopía del control social, no se puede mantener dadas las evidencias de contestación y resistencia al orden social imperante. Por otro lado, se asume que la historia tiene un fin y un modelo dado

que se explica en la conformación de la clase obrera como sujeto revolucionario que, inevitablemente, transformará al capitalismo en una sociedad mejor y más elevada: el socialismo y/o el comunismo. Todo lo que se aparta de lo postulado por este modelo teleológico de la historia, es denigrado o considerado como obstáculos que a la larga podrán ser superados por la correcta táctica de lucha obrera.

Dados los supuestos problemáticos del marxismo ortodoxo, se necesitan modelos alternativos para el estudio de la formación de la clase obrera. Estos no deben basarse en la visión de la inevitable evolución de la historia al comunismo, ni en la constitución de los intereses del proletariado en la esfera de la producción, que se reflejan en la política y en la ideología y que son reconocibles para los teóricos iluminados por la ciencia marxista que liderarán al proletariado en su inevitable lucha por el socialismo. Estos modelos deberán partir de las experiencias, vivencias, sueños y pesadillas de obreros de carne y hueso localizados en estructuras socioeconómicas, políticas y discursivas concretas. Estos estudios, por lo tanto, situarán la autoconstitución de la clase obrera dentro de estructuras dadas tales como relaciones de producción, formas estatales, formas de acción colectiva y discursos que estén disponibles en la sociedad en coyunturas concretas.

Afortunadamente, en el Ecuador el modelo marxista de Ycaza no es el único disponible para el estudio de la formación de la clase obrera. Basándose en la teoría y metodología de los historiadores marxistas ingleses, sobre todo de E.P. Thompson, Milton Luna,<sup>6</sup> Guillermo Bustos y Juan Manguashca en el libro *Las Crisis en el Ecuador*, así como Manguashca y North, presentan un modelo alternativo.

El interés es rescatar la voz autónoma de los sectores subalternos, en este caso de obreros y artesanos. Para lograrlo usan, irónicamente, los mismos documentos que Ycaza: hojas volantes, periódicos de la época y manifiestos de los organismos obreros. La diferencia es que, en lugar de a priori asumirse lo que son los verdaderos intereses obreros, se analizan las luchas en el contexto histórico en que se dieron. Se busca la racionalidad de acciones que, aparentemente, y desde el objetivismo marxista ortodoxo, son irracionales. Es así que, por ejemplo, la formación de la Compactación Obrera Nacional (CON) y la Guerra de los Cuatro Días en 1932, no son necesariamente actos irracionales como los interpretaron Cueva (1988; también en su artículo recopilado en el libro *Las Crisis en el Ecuador*), Quintero (1980) y el mismo Ycaza (1984) en su primer tomo de la historia del movimiento obrero.

Bustos y Luna sugieren, pues sus investigaciones completas sobre la década

---

6. Milton Luna Tamayo, "Los Movimientos Sociales en los treinta. El rol protagónico de la multitud", *Revista Ecuatoriana de Historia Económica*, Quito, 1989, No. 6, pp. 199-236.

del treinta en Quito no han sido publicadas todavía, que fue económicamente racional el que maestros artesanos, que se estaban convirtiendo también en comerciantes, apoyaran a otros sectores del bonifacismo pues las promesas de Bonifaz fueron "expandir el mercado nacional, de prohibir importaciones de artículos que compitan con similares ecuatorianos y de abrir importaciones de materia prima" (Luna, 1989: 214). Además, artesanos, pobladores, obreros y sectores de la tropa apoyaron a Bonifaz, incluso con las armas, al oponerse al fraude electoral y al dominio del partido liberal que fueron vistos como la raíz de sus problemas y miserias económicas y políticas. Por supuesto, y tal vez debido a que la investigación sobre la coyuntura del 32 esté en proceso, todavía no se han analizado los discursos de la época para comprender por qué el liberalismo y el fraude electoral se convirtieron simbólicamente en la fuente de todos los problemas económicos y sociales, para de esta manera dar cuenta de por qué la política entendida como el respeto a la libertad de los electores para hacer válido su derecho al sufragio, fue la bandera de lucha que aglutinó a otras demandas.

El análisis de Guillermo Bustos sobre artesanos y obreros quiteños en la década del treinta, publicado en las *Crisis en el Ecuador*, además demuestra la necesidad de la especificidad en el análisis histórico pues, en lugar de hablar de artesanos en general, uno de los puntos claves de su trabajo es constatar la existencia de diferentes propuestas dentro de las organizaciones artesanas. No todos los artesanos quiteños fueron miembros de la CON, también fue importante la Sociedad Artística e Industrial de Pichincha (SAIP) que articuló, frente a las propuestas organicistas de armonía de clases de la CON, propuestas sobre la lucha de clases. Es así que, en las luchas obreras y artesanales de la década del treinta, surgen dos oposiciones discursivas: pueblo/estado y obreros/patronos-estado. Mientras que la primera presenta el campo discursivo como la lucha entre las categorías imprecisas pueblo/estado, la segunda da un carácter clasista a la lucha social.

A pesar de no centrarse en el estudio de la formación de la clase obrera, el trabajo de Quintero y Silva, publicado en *La Cuestión Regional y el Poder*, parte de la categoría marxista de clase para explicar una serie de conflictos regionales ocurridos en 1939 y en 1959. En el primer conflicto, provocado por políticas del Banco Central, se agruparon varios sectores sociales guayaquileños en la formación de un movimiento regionalista que nunca se constituyó en partido político, pues uno de sus líderes, el liberal Carlos Arroyo del Río, fue candidatizado y electo -algunos dicen que por fraude- Presidente de la República en 1940. La segunda serie de conflictos regionales ocurrieron en 1959, en la administración de Camilo Ponce. Uno estuvo centrado en el conflicto entre importadores guayaquileños de llantas e industriales serranos que querían instalar plantas en la sierra. El otro, más rico en sus alianzas y contradicciones, se dio acerca de la suspensión de la importación de arpilleras de yute de la India

para la elaboración de costales o sacos para comercializar el azúcar. Mientras que para los industrialés costeños del azúcar, la medida iba en contra de la necesidad de obtener sacos o costales de mejor calidad, para los industriales y los sindicatos serranos se estaba promoviendo la industria nacional. En este conflicto también intervinieron, de manera autónoma, los productores algodoneros de Manabí.

El relato de Quintero y Silva de los conflictos regionales es fascinante. Utilizando fuentes periodísticas y editoriales de la época, planteamientos de los gremios de industriales, comerciantes y obreros de las diferentes regiones, los autores describen una serie de coyunturas para entender la ausencia de clases nacionales y partidos políticos que sean los mediadores de estos intereses y, más importante, en mi criterio, las alianzas multclasistas que se dieron en estas coyunturas de luchas regionales.

Para explicar la ausencia de clases dominantes nacionales y la falta de partidos políticos que mediatizaran los intereses de clase a nivel nacional, Quintero y Silva proponen la existencia del Segundo Pacto Oligárquico entre terratenientes y burgueses, que se dio con el primer velasquismo en 1934. Este Pacto Oligárquico, producto del empate catastrófico de fuerzas de terratenientes y burgueses en la que ninguna clase podía imponer su voluntad nacional en un momento en que el proletariado era muy débil para dominar la sociedad pero lo suficientemente fuerte como para cuestionar la dominación clasista, perdura hasta principios de los años setenta. Este Pacto explicaría, según los autores, la inestabilidad política y la falta de políticas económicas coherentes en un período largo de nuestra historia.

El mérito y el riesgo de la interpretación de Quintero y Silva es que el Pacto Oligárquico a la vez que explica mucho, explica poco. Por un lado, aparece como una hipótesis interesante para entender la falta de políticas económicas claras, la ausencia de proyectos nacionales y la debilidad de los partidos políticos. Pero, por otro lado, la crisis de proyectos nacionales de dominación, que está en el fondo de su explicación, se torna en casi permanente. El Primer Pacto Oligárquico va desde 1912 hasta 1925, mientras que el Segundo Pacto Oligárquico dura más de treinta años (1934-1972). De esta manera, los Pactos Oligárquicos son un recurso teórico para explicar coyunturas demasiado diferentes de la historia nacional. Explicarían los llamados gobiernos plutocráticos 1912-1925; el primer velasquismo 1934-35; la inestabilidad que le sigue, en la que gobiernos Militares represivos son reemplazados por gobiernos Militares que atienden las demandas obreras; el triunfo liberal de Arroyo del Río en 1940; las luchas contra Arroyo y la revuelta multclasista y pluripartidista que trajo a Velasco al poder luego de La Gloriosa en mayo de 1944; los conflictos del segundo velasquismo 1944-47; la estabilidad de los años cincuenta, que por cierto, incluye un tercer velasquismo y, por último, la inestabilidad de los setenta con los dos últimos velasquismos incluidos. En fin, los pactos oligárquicos

explicarían sesenta años del proceso histórico ecuatoriano, de 1912 a 1972.

Pero, eso no es todo: el apego a la teoría marxista ortodoxa de las clases no permite a Quintero y Silva explicar por qué los sectores subalternos fueron parte integrante no solo del Segundo Pacto Oligárquico sino, más en concreto, por qué participaron en los movimientos regionales, que es el objeto de su estudio. La participación popular en movimientos multclasistas regionales es explicada por la manipulación y por la falta de lucha de los sectores subalternos por sus verdaderos intereses. O lo que es lo mismo, no se la explica sino que se la reduce a la ignorancia de las bases y a errores de líderes sindicales y de izquierda. Esta imposibilidad de entender la acción colectiva de los sectores subalternos es más grave aún, pues Quintero y Silva no son modestos en sus alcances interpretativos. Ellos proponen que el estudio de estos movimientos regionales es la clave para entender los "mal llamados populismos" y el "mal llamado velasquismo". El problema es que el marco teórico de Quintero y Silva no les permite ir más allá de consideraciones acerca de los sectores subalternos como "masas", cuya supuesta manipulación e ignorancia explicaría el éxito del Dr. Velasco Ibarra y de otros líderes populistas.

## DISCURSO

A diferencia de autores que señalan la importancia del discurso pero sin analizar discursos específicos, María Cristina Cárdenas estudia rigurosamente el discurso de José María Velasco Ibarra. Basándose en la abundante obra periodística, académica y de los discursos políticos y mensajes de Velasco, la autora presenta los ejes centrales del discurso de quien fue cinco veces presidente del Ecuador 1934-35; 1944-56; 1960-61; 1968-72 en relación con los temas de la democracia, el poder, el liberalismo, los partidos políticos y las constituciones.

A grandes rasgos y simplificando el análisis de Cárdenas del pensamiento de Velasco, se lo puede resumir en los siguientes puntos: 1) Velasco es un liberal tradicional. Para él la base de la historia y de la sociedad es el individuo, pero no el individuo utilitarista, sino el individuo subordinado a los valores universales cristianos "de verdad, justicia, belleza, amor"; 2) Velasco reconoce que la democracia entendida sobre todo como sufragio universal es la única forma legítima de gobierno; 3) su visión de poder y ejercicio del poder es paternalista y tiende a personalizar el poder en el líder; 4) su teoría constitucional defiende el presidencialismo; 5) si bien reconoce el rol de los partidos políticos en los regímenes democráticos, desconoce la existencia de éstos en el Ecuador y sitúa al pueblo ecuatoriano, sobre todo en su libro *Conciencia o Barbarie*, como el depositario de las virtudes y obligaciones que en otros lugares corresponden a los partidos políticos; 6) reconociendo la existencia del problema social, su

propuesta es antagónica al “socialismo bolchevique”, proponiendo la incorporación del indio, y el reconocimiento de los derechos de los mestizos pero siempre dentro de una concepción jerárquica de la sociedad; 7) por último, Cárdenas plantea que a pesar de que “el pueblo” es el aparente destinatario del discurso velasquista, en realidad no lo es, sino la clase dirigente; y que oligarquía es “a su vez concepto moral que describe al advenedizo social y económico, contrapuesto tanto al rico de cuna tradicional y cultura consolidada, sentimientos y conducta honorables, como al verdadero pueblo, compuesto por artesanos de vida laboriosa y humilde, y de sostenida moral cotidiana”. (Cárdenas 1991: 85).

Si éstos son los temas del discurso de Velasco, ¿por qué se aceptó su discurso en el Ecuador desde los años treinta hasta principios de los setenta? ¿Por qué sus propuestas aparecieron como válidas y creíbles frente a las propuestas de sus adversarios políticos?

La respuesta de Cárdenas nos remite al contexto socioeconómico en el que se dio el velasquismo, caracterizado por la transición a una sociedad capitalista en la que se dan procesos de crisis económica, social y política, donde sectores subalternos cuestionan la exclusividad de la política de élites. Es así que Velasco representa la preservación de la sociedad oligárquica adaptada a las demandas de participación política de sectores subalternos. De esta manera, el análisis del discurso se sitúa dentro del contexto social y económico más amplio, para no caer en el idealismo de quienes parten de y se quedan en el análisis discursivo. Pero María Cristina Cárdenas no explica por qué el discurso de Velasco tuvo éxito frente a otros y en qué contexto discursivo se dio el velasquismo.

Para responder estas preguntas, la autora debía haber estudiado el marco discursivo compartido, aunque disputado, de la sociedad ecuatoriana de los años treinta a setenta. ¿Qué propuestas discursivas sobre democracia, poder y partidos políticos estaban presentes? ¿Cuáles eran las propuestas de los diferentes partidos políticos y asociaciones de la sociedad civil sobre estos temas? ¿En qué contexto discursivo irrumpe Velasco? Cárdenas no da respuestas.

A pesar de ser el primer esfuerzo serio de análisis del discurso, el texto de Cárdenas tiene otros serios problemas. No se diferencia el análisis del discurso político del análisis del discurso en general. Cárdenas analiza toda la obra de Velasco sin diferenciar si estos son estudios académicos, periodísticos, discursos electorales en plazas, o informes al Congreso. No toda la obra de Velasco tiene la misma audiencia. Libros académicos como *Democracia y Constitucionalismo* o periodísticos como *Estudios Varios* no fueron escritos para el mismo público que escuchó sus discursos en plazas públicas durante campañas electorales. Pues como José Álvarez Junco lo ha demostrado en su brillante estudio sobre Lerroux,<sup>7</sup> es esencial diferenciar entre discursos científicos-académicos que

---

7. José Álvarez Junco, *El Emperador del Paralelo. Lerroux y la Demagogia Populista*, Madrid: Alianza Editorial, 1990.

están dirigidos a la razón de los destinatarios, de discursos políticos electorales o de barricada cuyo objetivo es motivar a la acción.

Cárdenas analiza el discurso de Velasco tomando en consideración las interrelaciones entre quien habla, la audiencia y las interrelaciones orador-audiencia. El capítulo 2 contiene una interesante discusión teórica y empírica de quién habla, a quién y cómo se relacionan. Pero a pesar del claro intento de analizar los discursos en sus complejidades orador-audiencia, Cárdenas no logra su objetivo, pues su estudio es sumamente ambicioso. Cárdenas analiza todo el discurso velasquista cubriendo más de treinta años de la historia ecuatoriana, sin especificar los contextos y coyunturas socioeconómicas y políticas en que se fue dando este discurso.

Por ejemplo, considérense dos discursos de Velasco analizados por la autora. El 4 de junio de 1944, en Guayaquil, luego de la insurrección del 28 de mayo, Velasco se refirió a los presentes como pueblo ecuatoriano que lucha por la democracia contra las oligarquías liberales que basan su poder en el fraude. Diez y seis años después, en el discurso que Velasco dio en Quito en la campaña electoral de 1960, se refiere a los presentes como "noble chusma". Esta simple constatación de que el carácter de la audiencia había cambiado, de que los marginales o subproletarios habían irrumpido de mayor manera en la escena pública, queda señalado en las palabras del caudillo. Y es esta constatación la que debe explicarse tomando en cuenta las especificidades de las diferentes coyunturas en que se dieron los discursos.

Si bien el libro de Cárdenas es un primer intento de estudio del discurso de la época, el texto de Moncayo sobre Raúl Andrade, se sitúa dentro de preocupaciones teóricas más tradicionales. El objeto de estudio es la vida y obra del intelectual y periodista liberal y es por demás acrítico y apologético. Pero en todo caso, *Raúl Andrade: Crónica de un Cronista*, es un libro que aporta datos para entender el marco cultural y discursivo en el que se dieron los dos primeros velasquismos.

Raúl Andrade, en los años treinta y cuarenta, fue el opositor más mordaz y lúcido de Velasco. Sus escritos sobre el primer velaquismo están recopilados en *Cocktail's* y su análisis sobre la coyuntura de 1944 escrita en la columna de *El Telégrafo*, "viñetas del Mentidero", desgraciadamente no se han reeditado. En estos escritos, Andrade ataca a Velasco y sus seguidores con sorna, como representantes de la decadencia espiritual, moral y política del país. Los temas de su crítica a Velasco se fundamentan en un liberalismo que se opone a la demagogia del caudillo. Por ejemplo, con motivo de la visita del Presidente electo Velasco a Perú en 1934, donde fue vivado por los apristas, Andrade escribió:

en Velasco Ibarra se funden y confunden todos los sectores independientes de su carácter, para formar un todo anárquico, caótico, disolvente y descompuesto. En él se operan reacciones violentas, contradictorias y disímiles, sin unidad común, ni nexo lógico. Se diría una pantalla en la que se proyectan, deformadas y en libertad de celda de manicomio, las más recientes e inmediatas emociones. Algo así como un personaje naufrago de James Joyce que fugando de "Ulises", hubiese atracado en la política ecuatoriana. Una especie de "medioum", de subconsciente atento a las insinuaciones de los fascinadores.<sup>8</sup>

A diferencia de la avalancha de la opinión pública que en 1943-44 transformó a Velasco Ibarra en el "Gran Ausente", Andrade mantuvo su independencia crítica. Por ejemplo, debatiendo con el escritor y militante del Partido Comunista Joaquín Gallegos Lara, quien defendía la candidatura de Velasco Ibarra por Alianza Democrática Ecuatoriana, que agrupó a los partidos de derecha e izquierda, menos al liberal, Andrade manifestó: "soy antivelasquista, porque no creo que los programas reivindicacionistas de las clases pobres puedan ser ejecutados por un estado mayor de gamonales de historial tan conocido" (Moncayo, 1991: p. 67). La rivalidad entre Velasco y Andrade, en todo caso, no fue eterna. En el cuarto velasquismo los rivales se reconciliaron y Velasco condecoró a Andrade y le ofreció la Embajada en Moscú, que le fue negada por la Junta Consultiva del Ministerio de Relaciones Exteriores.

Más allá de la anécdota y de demostrarnos lo bien que escribía Raúl Andrade, ¿qué nos dice la rivalidad de Velasco con Andrade para el análisis del discurso de los años treinta y cuarenta? Parecería que no mucho, pues la evidencia que presenta Moncayo, cuyo objeto de estudio es diferente, no permite conclusiones. Pero en todo caso, este recuento de la oposición del escritor liberal, demuestra la necesidad de construir los parámetros en que se dieron los discursos en una época dada.

Velasco, a pesar de ser liberal, apareció en la lucha política contra el liberalismo, al cual acusó de haber destruido la fábrica moral del país por el fraude electoral. Los liberales, por su parte, se opusieron a Velasco por su demagogia, falta de principios de gobierno, por su personalismo, vehemencia de carácter y falta de respeto a las instituciones democráticas. Entre estos dos polos, el de oposición a Velasco por demagogo y la de Velasco en contra del liberalismo, hay que situar las propuestas de los diferentes partidos políticos y asociaciones de la sociedad civil. Pues los velasquismos al ser apoyados por diversos partidos y clases sociales tiene que entenderse más allá de la supuesta manipulación del líder y de la "ignorancia" de los seguidores. Y en este sentido es imprescindible el estudio de cómo discursivamente se formaron las diferentes propuestas que

---

8. Raúl Andrade, "Velasco Ibarra, Líder Aprista", *Cocktail's Quito*: Talleres Gráficos de Educación, 1937.

permitieron las alianzas que apoyaron a Velasco, así como los argumentos que usó la oposición en su contra. Este análisis de los parámetros en que se dio el discurso en la década de los treinta y cuarenta, es esencial para comprender el apelativo del discurso de Velasco y por qué otras propuestas como las de los socialistas, comunistas, liberales y conservadores no tuvieron el mismo éxito que las del caudillo.

## POPULISMO O VELASQUISMO

En esta reseña se han discutido diferentes metodologías para el estudio de la historia de los sectores subalternos y diversas propuestas para el análisis de los discursos: a modo de conclusión se retoma la pregunta: ¿fueron populistas los diferentes velasquismos?

Esta vieja pregunta en el debate de las ciencias sociales ecuatorianas no deja de ser pertinente, pues no solo varios de los trabajos discutidos se refieren al tema, sino que también el velasquismo fue el fenómeno sociopolítico más importante de las décadas de los treinta y cuarenta. Es así que en *Las Crisis en el Ecuador* se reproduce un artículo de Agustín Cueva en el que caracteriza al velasquismo como populismo, producto de la crisis de los modelos previos de dominación y que surge junto con un nuevo actor sociopolítico, el subproletariado. Quintero y Silva niegan la utilidad teórica del término populismo, plantean en su lugar el análisis de los diferentes movimientos multclasistas, muchos de ellos regionales, que explicarían mejor los diversos velasquismos y otros fenómenos designados como populistas. Maiguashca y North, así como María Cristina Cárdenas, aunque desde perspectivas teórico-metodológicas diferentes, caracterizan al velasquismo como un producto de la transición del Ecuador a la modernidad, explicado por la emergencia de nuevos actores sociales y no usan el término populismo para caracterizarlo. Pero Maiguashca y North y María Cristina Cárdenas no comparten su evaluación del fenómeno velasquista. Cárdenas, de acuerdo con Quintero y Cueva, ve en el velasquismo un movimiento funcional a los intereses de las clases dominantes; para ella, el discurso de Velasco incorpora demandas de participación política de sectores previamente excluidos, pero sin cambiar la estructura de la sociedad oligárquica. Esta perduración de la sociedad oligárquica le hace rechazar la caracterización de populista al velasquismo. Maiguashca y North, en contra de los otros autores, rescatan los aspectos contestatarios del velasquismo, que aparece en una nueva faceta, que Cueva la descubrió a medias, como una forma de protesta a las dislocaciones producidas por la modernización capitalista.

Para concluir, sin estudios de caso de los diversos velasquismos es apresurado caracterizar este fenómeno. Si el velasquismo fue populista o no depende de cómo se defina el término populista, lo que en sí demuestra la dificultad de

construir teóricamente esta noción. Pero se caracterice de populista o no al velasquismo, lo importante es que se lo estudie en los diferentes aspectos a los que se refiere el término populismo. Es así que hay que dar cuenta de las condiciones estructurales en que se dieron los diversos velasquismos; los estilos de liderazgo político que tienen que prestar atención a las interrelaciones bases-líder; los discursos del líder pero dentro del contexto discursivo en que se mueve; los mecanismos de articulación electoral; y, por último, desarrollar las historias sociales de los diversos velasquismos sin prejuicios apriorísticos del marxismo ortodoxo que no permitan analizar acciones aparentemente irracionales, sino rescatar y evaluar la racionalidad de la acción colectiva en coyunturas concretas.